

LA CASA SIN PALABRAS

La casa sin palabras es una historia narrada desde la conciencia del personaje; sería muy lógico, por tanto, que prime el punto de vista individual. Sin embargo, no es del todo así porque, a diferencia del cuento, la novela alude siempre, como sostiene J. Cortázar, a la hormiga y al hormiguero. Es un aspecto muy interesante por cuanto el narrador sitúa al personaje en un contexto social y político muy determinado y ofrece abundantes datos para acercarnos a la compleja relación que la protagonista mantiene con él ya que influye, como podía ser menos, en la evolución narrativa.

Como suele ocurrir en toda buena novela, dentro de este texto es posible rastrear la presencia de varias novelas (al menos, en términos temáticos). Todo depende de cómo pretenda el lector acometer su lectura: *novela intimista* –puesto que lo que realmente interesa es la reacción interior o huella que los acontecimientos van dejando en la conciencia de la protagonista–, *novela del otro* (alteridad), *novela del límite* (espacial, de la transgresión social, del dolor, de la esperanza), *novela de la palabra*, *novela de viajes* (prueba) y, de manera especial, *novela de la madre*. Aunque someramente, quiero referirme a cada una de ellas.

Ángel ha escrito, en primer lugar, la historia de una mujer marcada ya desde su arranque mismo por las secuelas de la guerra civil española sobre su familia –específicamente, la violenta muerte de su padre a manos de los vencedores con la subsiguiente marginación y dispersión de la familia– y la profunda huella que han dejado en su interior. La narración asume en parte la forma de una novela epistolar y es ahí donde el lector puede escuchar la voz directa y cada vez más rotunda de la protagonista; la otra parte corre a cargo de un narrador externo pero soldado a la conciencia de aquella que filtra la historia a través de su conciencia. Tanto en un caso

como en el otro, el punto de vista del personaje prima abiertamente y marca el tono general del relato. Entre otros, la maternidad constituye uno de los centros temáticos fundamentales del libro y, en especial, de esta subnovela. En realidad, las inseguridades, los miedos, la opresión interior y la insatisfacción que la corroen tienen mucho que ver con el anhelo de la maternidad

En segundo lugar, *la novela del otro*. A través de ella toma cuerpo uno de los grandes ejes temáticos de la narración (y de la posmodernidad): Europa y África, blancos y negros, integrados y marginados, ortodoxia y heterodoxia, la mujer y el marido, los hijos... La relación Erenia-Alene representa en realidad la superación de esas dicotomías tan marcadas porque la primera no solo comprende la cultura guineana –la cultura de la palabra, la solidaridad y la amistad– sino que, como se verá, es el contacto con ella lo que facilita a la protagonista la gran transformación interior que experimenta en el último tramo de la novela y que hace de ella una mujer nueva en todos los sentidos. Haciendo caso omiso de los prejuicios – cuando no el desprecio– y la prepotencia de sus compatriotas, la protagonista no solo aboga por un acercamiento intercultural sino que convierte el último tercio de la novela en un gran alegato a favor de la comprensión del otro.

Intimamente conectada a la anterior resulta claramente detectable lo que he denominado *novela del límite* o de los márgenes: un concepto que atraviesa de principio a fin la narración y del que depende en gran medida su significado último. En efecto, Erenia se sitúa permanentemente en los márgenes de la sociedad tanto española peninsular como colonial: es una marginada en su pueblo de origen por razones políticas, automarginada en la colonia por su timidez, falta de rodaje social y, sobre todo, porque, a medida que avanza la narración, comparte menos la actitud de los europeos frente a sus subordinados africanos. La relación Erenia-Alene se desarrolla

también –especialmente, al principio– en los márgenes de las respectivas comunidades que, sobre todo la colonial, no ve con buenos ojos cualquier tipo de relación con los nativos. Y la marginación es siempre dolorosa por lo que tiene de incompreensión, rechazo y de pérdida

Novela de la palabra. La importancia de la palabra, de ser habitada por las palabras (como ocurre en la cultura de los otros), se pone de manifiesto ya desde el título, pero es recurrente hasta el punto de convertirse en un auténtico leif-motiv de la obra. Es, en primer término, la palabra en cuanto recurso para acercarse a los demás, aunque su perfil se agiganta en cuanto se cae en la cuenta de que las palabras crean mundos alternativos que hacen más llevadero y dan sentido al mundo en que vivimos. De ahí que la protagonista se sienta deshabitada de lo que realmente le interesa y es a través de las palabras como consigue regenerarse interiormente, pero no valen todas: solo las que le permiten construir y amueblar decorosamente su casa interior. La referencia a las palabras está implicada en la analogía casa-cuerpo en cuanto lugares en que se habita; dentro de su cuerpo ella construye una casita, una imagen a escala de la que construirá en el futuro, que le sirve de refugio y donde acoge a los seres que más quiere: Alene, los hijos, Paco.

La casa sin palabras puede verse también como una *novela de viajes*: viaje exterior –de la Península a Guinea, del Valladolid africano a Ebebeyín, de esta última al interior de la selva– y, sobre todo, un viaje interior. La novela contiene, como ya se ha dicho, la historia de la toma de conciencia por parte de Erenia de su situación de colona y su condición femenina y, en este sentido, su recorrido interior puede interpretarse como un ‘viaje al corazón de las tinieblas’ antes de experimentar la gran transformación, el cambio de piel. Se trata de un proceso muy duro que pasa por la separación inicial de su familia, el aislamiento interno y externo en la colonia y, de manera muy especial, la pérdida de su hija Carmen. Es

un viaje de ida y vuelta, en el que la protagonista es sometida a una gran prueba –de la que sale airosa como el protagonista de *El asno de oro*– y, como consecuencia de la cual, experimenta un vuelco interior.

Pero *La casa sin palabras* es, sobre todas las cosas, *la novela de la madre*; es algo el autor ha querido hacer explícito en esta edición a través del epílogo añadido. A diferencia de otras manifestaciones de lo que puede considerarse ya un verdadero subgénero (como la umbraliana *El hijo de Greta Garbo*), en esta el narrador no habla de su vida y su relación con la madre sino de una etapa crucial en la vida de esta, cediéndole a ella todo el protagonismo en cuanto a la acción y, parcialmente, en lo concerniente a la enunciación. El resultado es la creación de una figura, la de la madre, que se agiganta en cada página. Este planteamiento constituye, a mi juicio, una manera muy inteligente de controlar las emociones que, en el caso de un ser tan especial como la madre, podrían dar al traste con una buena novela cuando no desembocar en el melodrama (nada más necesario y peligroso en el arte que el tratamiento de los afectos). Con todo, la carga emocional de la novela –y del narrador– es muy importante y advertible en cada momento y constituye sin duda uno de los grandes méritos de la narración, además de ser la responsable del lirismo que asoma por doquier.

Para terminar, me gustaría aludir a un aspecto que en una novela como la presente resulta fundamental: el discurso o, en términos más tradicionales, el estilo. Si el título alude a la carencia o ausencia de palabras, el discurso de la novela es un homenaje a ellas: a la palabra poética, lírica, rítmica, evocadora. Hay en esta novela páginas realmente memorables por exquisitas. Creo que no nos queda sino felicitarlos por la re-aparición de esta novela y felicitar a Ángel por haberla escrito.